

Tercer Domingo de Cuaresma.

El camino de la cuaresma se parece mucho al camino de nuestra vida. Tiene experiencias muy bellas y fuertes de Dios; pero tiene también problemas, luchas, caídas, desilusiones y crisis, que nos llevan a la protesta y al desaliento. La vida nuestra hay asumirla en su conjunto y no a pedazos; de otro modo, corremos el riesgo de asumirla sólo parcialmente. Los textos de la Palabra que escuchamos en este tercer domingo de cuaresma nos permiten mirar la vida cristiana en su conjunto.

En primer lugar, nuestra experiencia de Dios. Durante esta cuaresma, tú y yo podemos vivir una fuerte presencia de Dios que nos llene, nos fortalezca y nos envíe, al estilo de Moisés (Ex. 3,1-15). Pero es una gracia que, para vivirla, hay que saberla encontrar en las cosas simples, como la zarza ardiendo, y con un corazón purificado de todo apego y egoísmo. Moisés quiere ver a Dios en el fuego que no se consume, pero Dios le pide que se quite las sandalias y se purifique, porque la presencia de Dios es grande y poderosa. He ahí ya una propuesta para vivir mejor esta cuaresma: abrimos a la presencia siempre nueva y maravillosa de Dios, pero purificar el corazón y la mente de todo aquello que no es de Dios.

En nuestra vida diaria, en nuestro camino cuaresmal de este año, anhelamos ver al Señor y saber más de él, para cumplir nuestra misión. El se presenta a nosotros y nos confirma lo fundamental: “Tú deseas verme, pero recuerda que Yo te tengo visto desde siempre; estás presente a mis ojos y a mi corazón; conozco tus dolores y sufrimientos, tus quejas y tus anhelos; escucho tus gritos y estoy aquí para salvarte y liberarte. Soy Yo, el Señor, presente y actuante, el que los acompaña, los libera y los saca adelante en todos sus proyectos. Porque Yo los quiero libres y generosos, purificados y transformados”.

Pero están también las dificultades y los problemas, los nuestros y los del mundo en el que vivimos. La Palabra de hoy nos invita a tener un discernimiento serio de la historia en la que estamos sumergidos, y una actitud clara de conversión y de cambio, para dar el fruto que el Señor espera de nosotros.

El discernimiento lo hacemos en medio de los acontecimientos. La esclavitud dolorosa de Egipto; la travesía difícil por el desierto, camino hacia la tierra prometida; la matanza de judíos por mano de Pilato; la caída de la torre de Siloé: todos estos son hechos de la historia del pueblo que han de ser leídos e interpretados. Hoy, para nosotros, pueden ser el terremoto en Haití, las grandes sequías e inundaciones, la violencia guerrillera, la corrupción administrativa, etc. En todos estos hechos hemos de leer una presencia y un mensaje de Dios, pero también un ejemplo y un signo que tenga para nosotros una enseñanza: ¿cómo hemos de comportarnos, cómo leer en los hechos el rostro de Dios que actúa y salva?

Y lo que Dios pide a los que escuchamos su voz y descubrimos su presencia en la historia, es una respuesta de cambio, de conversión, de entrega generosa. Ni los que mueren en desastres naturales, ni los que sufren enfermedades terribles, ni aquellos a quienes mata una bala perdida, ni los secuestrados en la selva, ni los hambrientos o explotados, son menos buenos que nosotros. Pero todos ellos se hacen voz para nosotros y nos recuerdan las múltiples oportunidades que Dios nos da para volvernos a él y vivir en su amor y en su justicia.

Esta cuaresma es otra oportunidad de gracia que Dios nos ofrece y espera de nosotros una respuesta. “Ya llevo mucho tiempo esperando un fruto de tu vida, fruto de amor y generosidad, fruto de perdón y solidaridad, fruto de entrega y responsabilidad. No quiero que ocupes de balde un puesto en la historia. ¡Acoge mi palabra, recibe mi gracia y cambia!

Pbo Carlos G. Álvarez, c.j.m.